Estilística

En el corazón de la literatura

Ricardo Senabre

Capítulos de historia de la lengua literaria

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cáceres, 1998

Eugenio Coseriu afirmaba hace algunos años que la singularidad mayor de la que él denominaba "Escuela Española de Filología", contemplada en el marco de los desarrollos de la lingüística europea, era la de haber hecho no sólo compatibles sino mutuamente necesarios los estudios lingüísticos y los literarios. En

Premio Ciudad de Salamanca de Novela 1999

Dotación: **1.000.000 pts.**
Extensión mínima: **200 páginas.**
Plazo de presentación de originales hasta el **23 de julio** de 1999.
Solicitar bases al Departamento de Cultura del Ayuntamiento de Salamanca.
Plaza Mayor 1. 37002 Salamanca.
Fax 923-279114.

Excmo. Ayuntamiento de Salamanca
Concejalía de Cultura

España se había desarrollado como en ningún otro lugar de Europa, en las figuras de Menéndez Pidal y de sus principales discípulos, Amado y Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y los discípulos de éstos, un modo de hacer filología en el que los textos literarios ocupaban un lugar central del estudio filológico y lingüístico. De esa forma ha sido en esta escuela de filología española donde de modo más constante se desarrolló el programa de una Estilística, que había tenido también maestros ejemplares en el primer germen de la Filología románica alemana, con Spitzer a la cabeza.

Pero la situación de los estudios filológicos y literarios hoy día, en España, no parece propiciar la continuidad de ese programa y de esa singularidad. La separación en los currículos formativos de las nuevas generaciones ha escindido de modo radical y penoso los estudios de lengua y de literatura, de modo que el especialista actual en historia de la lengua apenas presta atención a la creatividad idiomática de los escritores, que quedan fuera de su campo de estudio casi siempre. De manera paralela, e igualmente penosa, los historiadores de la literatura no atienden cuando hablan del estilo de los escritores a sus singularidades idiomáticas o a su lugar en una diacronía del estilo, desatendida y donde casi todo está por hacer, según reconoce Ricardo Senabre en el Prólogo a este libro. Tampoco las pujantes disciplinas de la teoría literaria y la literatura comparada favorecen a esa continuidad, concebidas como están casi siempre en una isla cuyos puentes con los demás saberes se tienden más fácilmente (y más cómodamente muchas veces, hay que decirlo) con la estética, la filosofía, o las artes, que con el lenguaje. Incluso más: la quiebra del prestigio que tuvieron en su día los formalismos, despachados hoy despectivamente con premura e ignorancia (con víctimas de la categoría intelectual de Jakobson o Tinianov), contribuyen al olvido en que queda el lenguaje, el idioma, la creatividad misma, el juego fónico, el caudal metafórico, etc., en los estudios teórico literarios predominantes hoy.

La importancia mayor de este libro de Ricardo Senabre radica por tanto en que es una síntesis programática, es decir, un ejemplo de lo que alcanzaría a ser una propuesta de mayor envergadura: un modo de ver y de analizar la literatura, una propuesta que se concibe como capítulos o etapas de un programa inagotable, mucho más amplio, y del que este libro valdría como muestra y contribución parcial. En este sentido tiene en los actuales estudios literarios un valor ejemplar, con la doble carga que ésto conlleva: son ejemplos de una modalidad de estudio literario, pero también es la propuesta de un camino que puede animar estudios semejantes, otros capítulos, otros libros que contribuyan a saldar una deuda pendiente y de muy difícil pago. Es difícil saldarla porque hacer historia de la lengua literaria requiere muy diversos conocimientos de lengua (de sintaxis, de léxico, de fonética) de historia de la literatura, de rítmica, de retórica, de historia del léxico español, y pocos profesionales de las universidades españolas gozan de tan amplia gama de saberes como los que exhibe aquí R. Senabre, todos necesarios, para el trazado de tal historia. Muy pocos, y desde luego muchos menos de los que tales se autoproclaman, pueden ser herederos intelectuales de Rafael Lapesa, quien también hizo gala de esos conocimientos cuando trazó una Historia de la lengua española en la que los textos literarios ocupaban lugar central, por ello no es sino un acto de justicia el que este libro venga dedicado a tan sabio maestro.

Los veintiún capítulos del libro recogen otros tantos estudios, algunos inéditos, otros publicados independientemente entre los años 1965 y 1998. Ha sido un buen criterio no ordenarlos cronológicamente según tales fechas de redacción, sino dar al conjunto dimensión de tal, al ofrecerse en la doble decisión de ir de lo general a lo particular, y dentro ya de lo particular, imponer el criterio histórico para la diacronía de las propias obras literarias analizadas, de modo que el lector vea ligados estos capítulos como eslabones de una cadena, de una historia que se va trazando implícitamente. Los cuatro primeros capítulos del libro se dedican a los aspectos generales. El primero es fundamental. Analiza el valor del registro literario en una historia de la lengua, pues de hecho parte de la constatación de que sólo es a través de textos literarios como el estudioso de hoy puede reconstruir los registros coloquiales, es decir, cómo hablaba la gente en los siglos anteriores al nuestro. Ni las crónicas, ni los documentos notariales, ni los tratados, podían o se proponían recoger el eco del habla. Es la literatura quien ofrece unas veces vestigios y otras veces realizaciones de tal habla, perdida en la noche de los tiempos, salvo por el esfuerzo que los escritores han tenido en rescatarla, en salvarla de la muerte. Los capítulos siguientes sobre el léxico literario como lugar de mayor despliege de las potencialidades del idioma y sobre la creatividad de nuestros escritores humoristas concretan que además de ser registro, la literatura es mucho más: hace avanzar al propio idioma. Conectan muy bien estos dos capítulos de índole general, bien nutridos sin embargo de ejemplificaciones, con otros capítulos posteriores, concretamente los dedicados al lenguaje del entremés, a expresiones presentes en sainetes (como el dedicado a las variantes de las denominaciones del dinero espa-

a expresiones presentes en sainetes (como el dedicado a las variantes de las denominaciones del dinero español), expresiones, giros, chistes, formas idiomáticas desplegadas privilegiadamente en toda esa literatura que a veces se ha llamado menor, y que por la vía de baile, de la canción del chiste, de la mojiganga, del donaire, de la canción, recoge también una excelente muestra de la vida del idioma. De ese modo, y puede servir de ejemplo el capítulo dedicado a la lengua del teatro de Arniches, estos escritores que no están en el primer escalón de nuestro canon literario han producido todo un elenco de deformaciones lingüísticas, de juegos con el significante o el significado, en cuya base está buena parte de su sentido y del éxito de su fórmula humorística, fundamentalmente metalingüística. Hay capítulos que contemplan una visión general de los recursos lingüísticos de un escritor, como el dedicado a la lengua de E. Noel, que es exhaustivo y recorre la totalidad de su obra, mientras que otros son monográficos sobre alguna expresión confusa, como el dedicado a "Dar el opio", críptica referencia de Valle Inclán, que Senabre aclara. Estos capítulos monográficos muestran por ellos mismos el interés de este tipo de estudios, pues difícilmente un escritor como Valle Inclán puede ser entendido (es más jaleado que entendido cabalmente) si no se traza antes el puente entre su lengua y los mil contextos particulares de donde extraía sus frases, con dichos, con referencias que no siempre le pertenecían en exclusiva. ¿Cómo editar a Valle Inclán, cómo ofrecer sus textos teatrales o narrativos, plagados de referencias extrañas a nosotros, sin haber estudiado antes el idioma de su tiempo?; pero no en general, sino así, en particular, con el oído puesto, con la vista aguda para descubrir dónde una frase, una palabra, una expresión nace, cuando, cómo se desarrolla, qué transformaciones sufre en ese desarrollo, etc... Ya sabíamos, a partir de la edición crítica que R. Senabre hizo de los esperpentos reunidos en *Martes de carnaval* que tal historia de la lengua es por fuerza necesaria para algo tan elemental y simple (pero tan poco común) como entender a los escritores cuando se les lee.

Otros capítulos deben su interés a propuestas de índole metodológica, como el formidable dedicado a la relación entre métrica y sintaxis, donde se contempla el hiperbatón desde diversos ángulos y funciones. Los hay, y citaré como ejemplo el dedicado a las correcciones y variantes de Ortega y Gasset, que son claves para entender el que podríamos llamar "el taller" de un escritor, esto es, cómo construye y modifica sus textos, lo que el análisis de las variantes de las ediciones permite descubrir. Otros, por último, al analizar de modo exhaustivo algún pasaje de una obra (como el dedicado al *Criticón* de Gracián) dan cuenta en síntesis de lo principal de su estilo, pero cuando el estilo es, como en Gracián, el efecto de una portentosa disciplina lingüística, en este caso textual, constructiva, y no una mera referencia sin alma, como suelen serlo comúnmente en el lenguaje de la crítica las referencias al estilo de los escritores.

Este libro da mucho, pero apunta mucho más. En ciernes contiene toda una metodología, un modo de hacer, cuyos frutos son conocidos cuando se realizan así: nada menos que saber leer, nada menos que dar cuenta de qué es un estilo, saber cuándo algo se califica de "modernista", qué se está diciendo, etc. Senabre da una lección de sabio: invita a los lectores a la "humilde" tarea de conocer y saborear aquello que leen, un modo de tener la literatura en el corazón de ella misma, su lengua.

José María Pozuelo Yvancos